

LOS TRABAJOS Y LOS DIAS

aquí y AHORA

Los funcionarios y el aburrimiento

Miércoles 25

● Juegos muy florales

Caminar por la plaza Mayor de Madrid, prodigio de elegancia lineal, es un ejercicio tan encantador como modesto. Yo suelo practicarle al venir a esta ciudad, y ha sido hoy, paseando cabe los soportales—hace frío, el día es centesimo, me arrebujé en mi capote—, cuando mi amigo capitalino me informa: “¡Podéis estar contentos los catalanes! Se murmura en los despachos oficiales que se permitirá la restauración de vuestros antiguos Jocs Florals. Fue significativa la evocación del alcalde Porcióles, en el marco del Salón de Ciento barcelonés, que se refirió a los Jocs de 1888, aquellos en los que Menéndez y Pelayo tejió un encendido elogio del idioma catalán, hablando precisamente en catalán. Estáis de enhorabuena.” Yo escucho y callo, miro la geometría de las fachadas. Yo soy persona dada a la estupefacción ante cualquier tipo de carroza floral.

¿Restauración? Cuando la restauración de 1859 en Barcelona—la modalidad nació en Tolosa el siglo XIV, y fue introducida en Cataluña al aparecer en 1393—, no se trató en ningún momento de organizar una pomposa fiesta medievalista apta para

lucimientos retóricos, sino de montar una gran caja de resonancia, digamos publicitaria, dentro del espíritu de la época, todavía henchido de romanticismo, que sirviera para reconquistar el prestigio público, culturalista, que había perdido la literatura y la lengua catalana durante los tres siglos de decadencia. Una vez conseguido esto, los Juegos Florales fueron decayendo: a medida que avanza el siglo XX, van reduciéndose a un simple acto de banalidad poético-arqueológica. Si los Jocs que se han venido celebrando desde 1939 en diversos países de Europa y América tienen alguna justificación, no es la literario-idiomática, sino la de agrupar una vez al año y solamente a los catalanes del exilio.

Si algo se desea restaurar, mejor es que se haga con el equivalente actual de los Jocs de 1859: la enseñanza del catalán desde el parvulario a la Universidad, su uso en los medios de difusión. Esto será lo que producirá un nuevo elogio del catalán y en catalán por parte de intelectuales castellanos señeros; será ésta la única forma de que conozcan nuestra lengua y nuestra literatura. Disintiendo de don José María de Porcióles me atrevo a decir que las memoraciones del discurso de don Marcelino son sólo una ineficaz, aunque quizá grata, reminiscencia. “Lo

que cuenta —le digo a mi amigo madrileño— es la vida.”

Jueves 26

● La belleza, la justicia, en un ramillete de rosas rojas

La vida, que bulle en cada criatura y en cada escena de Sean O'Casey...

Desde un palco del teatro Infanta Beatriz asistí a la representación de “Rosas rojas para mí”, y a pesar de la mediocre versión que da Carlos Larrañaga del personaje principal, aquel vindicativo y soñador Ayamonn, poco a poco va ganándose todo el encanto trágico-satírico del viejo Sean O'Casey, del gran Sean O'Casey, para mí el creador primero del auténtico teatro popular contemporáneo, por encima del mecánico didacticismo de Brecht. Lo que en el alemán es estudiada perfección técnica, es en el irlandés erupción de fresco populismo y de directo sentimiento justiciero.

Sean O'Casey es un hombre de una época en un país. Nace en el misero y exaltado Dublín de finales de siglo y hasta los trece años no aprende a leer y a escribir. En 1913, trabajando como obrero y afiliado al socialis-



Por BALTASAR PORCEL

mo, participa activamente en la dirección de las fenomenales huelgas que agitan la ciudad: exactamente el argumento de “Rosas rojas para mí”. En 1916 se lanza de nuevo a la calle: en las múltiples iglesias dublinesas están a punto de celebrar la Pascua cuando estalla la revolución nacionalista. O'Casey lucha. Los ingleses sofocan la revolución con sangre, mucha sangre; los caudillos, sir Roger Casement y James Connolly, son, respectivamente, ahorcado y fusilado. O'Casey se salva por los pelos de ser igualmente ejecutado. “Juno y el pavo real” y “El arado y las estrellas” son su crónica, ilusionada y patética, de aquellos días... Como los auténticos genios de la literatura irlandesa—¿por qué este pequeño país, subdesarrollado, ha sido capaz de producir tanta originalidad literaria?—, Synge, Joyce, Beham, huye O'Casey con humor del orgulloso diablo del triunfalismo y fustiga a su pueblo ridiculizando sus mitos sobreestructurales, a la par que fortalece las esencias de la base: de la real personalidad del hombre, de sus auténticos intereses nacionales y sociales.

Y con la infinita y simple poesía de esperar a una mujer amada que llega con un ramo de rosas rojas.

Viernes 27

● De la sociedad opulenta

Leí la Prensa de varios países. Precisamente tomé cuatro notas: a medida que crece la opulencia, aumenta también la asombrosa y desbaratada incoherencia.

1. El milagro japonés y su índole de crecimiento industrial son ejemplares. El secreto es uno: invertir dinero y esfuerzo en lo que produce más rendimientos. De esta manera, el Japón es uno de los países que producen más televisores, neveras eléctricas, máquinas de lavar... y también es uno de los peor equipados en transportes urbanos, “waters”, ordenación urbanística, a la par que Tokio cuenta con una contaminación del aire y del agua terribles.

2. En Francia el Gobierno (Cont. en la pág. siguiente.)

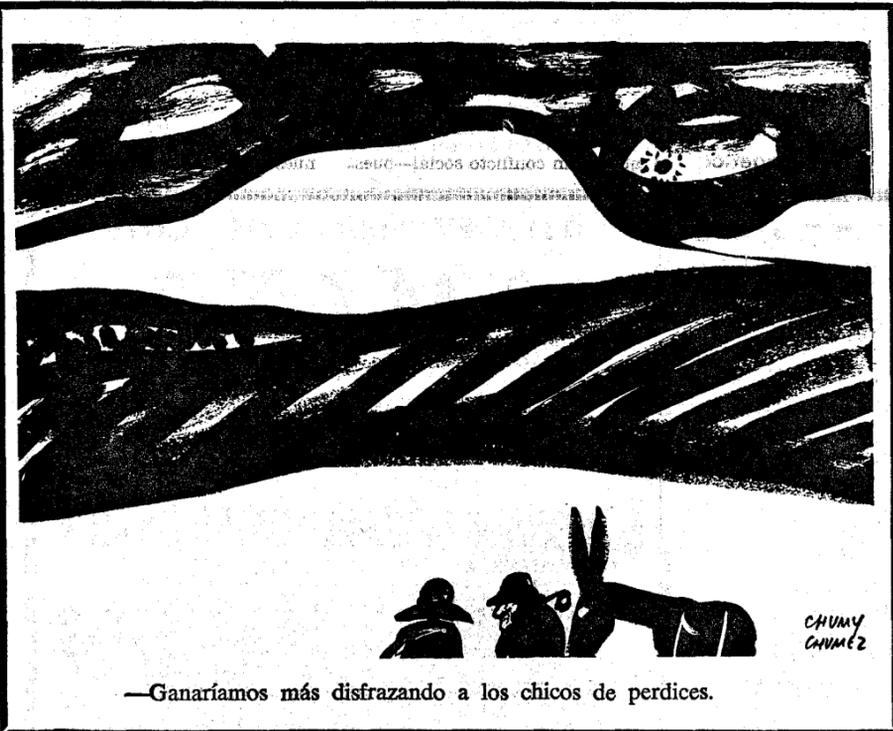
TRADICIONALMENTE España ha sido un país en el que la situación de empleado era algo bien codiciada y codiciado. En nuestra sociedad anquilosada el Estado aparecía como la única Empresa con capacidad para ofrecer un “cursus honorum” apetecible, a la vez que la somnolencia y debilidad de la maquinaria administrativa hacía de la función pública el lugar ideal para el “otium” más o menos “útil”. Como los cabildos de una Iglesia rica y descreída, la Administración era una casa acogedoramente vieja, de entrada angosta y estancia gratuita, en la que los ilustres podían buscar refugio. Fue, sin duda, la inactividad de nuestra Administración exterior la que dejó tiempo a Valera y Gavinet para desarrollar su talento literario.

Hoy la situación tiende a cambiar amenazadoramente. Parece un hecho comprobado que los más brillantes de entre los graduados y técnicos superiores huyen de la burocracia estatal, sea hacia la Empresa privada, sea hacia el Adviento con paga escasa, trienios y pensión de los claustros universitarios. Cuando, cada vez en proporción menor, el graduado de calidad entra en el servicio público, lo utiliza como trampolín, ya hacia el ejercicio profesional libre, ya hacia la finanza privada, ya hacia extrañas, frecuentes y lucrativas actividades para-funcionariales.

SIN embargo, esta defección de los ilustres—explicable e incluso justificable—no se debe precisamente a que el Estado se transforme en un dios celoso, sino, más bien, a su carácter mortecino. Es cierto que, hoy día, la Empresa privada ofrece al joven graduado posibilidades de colocación y progreso desconocidas hace veinte años y que las perspectivas de remuneración económica son mucho más incitantes en este sector que en el público. Pero no cabe la menor duda de que la huida, el abandono, y lo que es peor y nada infrecuente, el olvido del servicio público, se debe a la situación de la propia Administración. En efecto, esta formidable creación cultural parece hoy en día reñida con las ideas y expele de sí cuanto huele a iniciativa, actividad, dedicación, competencia y seriedad. Sobre el funcionario gravita la rutina, el menosprecio a la competencia, el incentivo a la falta de audacia y la conciencia de marginalidad respecto al proceso efectivo del poder. Para comprobar la exactitud de tan enfática descripción basta echar la vista sobre nuestra función pública. Se hallarán individuos llenos de buenos deseos, de indudable capacidad, acogidos al régimen de dedicación exclusiva..., y sin nada con que llenar las trece cuartas partes de la jornada; se encontrarán cuerpos especialmente menores de edad... y a los que se da tarea cuatro días cada mes; se topará, en fin, con categorías enteras, carcomidas por un ejemplo de necesaria superficialidad, donde se persigue cualquier intento de especialización.

PROBABLEMENTE la responsabilidad de tan triste situación es impersonal o, al menos, supra individual, pero en todo caso, el mal es profundo y difícilmente eliminable a golpe de ley general y de técnicas de importación, frecuentemente trasnochadas. La Francia gaullista y la Nueva Frontera kennediana demuestran que una Administración activa y comprometida en una empresa valiosa atrae a su servicio ideas, competencia y ambición. Qué buen tema para meditar largamente: el encuadramiento de quienes puedan y quieran pensar—de verdad—con las manos, al servicio de algo que merezca la pena. Tal sería la condición de la función pública en una Administración que, como soñaran sus creadores, fuera razón—razón nacional—hecha técnica.

“Juan Ruiz”



—Ganaríamos más disfrazando a los chicos de perdices.

Don Pepe, de nuevo en el Poder

La costumbre del turno de los partidos se está haciendo Ley en Costa Rica. El triunfo de Trejos, Unificación Nacional, en las elecciones presidenciales de 1966, fue por el escaso margen de cuatro mil y pico votos sobre Odúber, de Liberación Nacional. Por el contrario, en este año 1970 el candidato de éste consigue derrotar a Echandi, de U. N., y con ello se encarama nuevamente al Poder gracias al espectacular “come back” de José Figueres, el menudito y nervioso catalán. Con una abstención menor a la esperada—sólo el 20 por 100—, Don Pepe se ha destacado con holgura en la recta final de la confrontación electoral: Figueres, de L. N., 294.266 votos; Echandi, de U. N., 221.152; Calvo, de Frente Nacional, 9.514; Leiva, de Acción Socialista, 7.227; Monge Zamora, de Democracia cristiana, 4.999. Y lo que es más importante de la victoria de Figueres, la consecución de unos efectivos parlamentarios suficientes para que en el ejercicio de su mandato presidencial no se presenten grandes trabas: de los 45 diputados que componen el Legislativo, 32 corresponden al partido vencedor, mientras que la oposición consigue 22 y el resto se fracciona entre los partidos minoritarios.

Costa Rica entra en una etapa de gobierno centro-izquierda. El periodo anterior del profesor Trejos fue de centro-derecha, pero con la tara política de poseer minoría en la Asamblea legislativa, con lo que su margen de maniobra era muy estrecho. Figueres, pues, gobernará con el respaldo de una mayoría adicta.

EFICACIA POLITICA

En el próximo pasado, Don Pepe dio palpables muestras de su eficacia política. El médico catalán, de formación norteamericana, se lanzó a la política en 1948, creando la Legión del Caribe, que derribó al dictador Picado. Disuelve el Ejército y en su lugar pone una Guardia Nacional, de mínima dotación, cuya específica misión se centra en el mantenimiento del orden público. Su liderazgo al frente de la Junta Provisional no duró mucho: aplicando la Constitución del 49 transmite los poderes al conservador moderado Ulate, que sale elegido Presidente ese mismo año. Figueres es un demócrata hasta la médula, de recia personalidad y de ideas progresistas. Cuando alcanza la Presidencia en las elecciones de 1953 nacionaliza la Banca y no oculta su

ideario de avanzada, en especial, su hostilidad hacia el régimen dictatorial de Somoza en Nicaragua. Mario Echandi, su enemigo de estas presidenciales, le sustituye en 1958 como primer mandatario. El recientemente fallecido Orlich, amigo y correligionario de Don Pepe, ganaría la carrera a la Presidencia en 1962.

El país de los “ticos” es la isla democrática de América Central. Su fe y su confianza en el juego de un Estado de Derecho constituye un formidable ejemplo para todo el Continente latinoamericano, tan partidario, en los últimos tiempos, del “golpismo” militar. La política apasionada en Costa Rica únicamente a la hora de las elecciones, para luego volver la vida a la calma del diálogo y del respeto a la opinión ajena. Pero el talante democrático costarricense no viene dado por la ausencia del elemento militar, sino esencialmente por el espíritu equitativo que preside, desde hace años, la acción del Ejecutivo. Baste manejar dos cifras: el 76 por 100 de las fincas están explotadas por los propietarios y componen el 94 por 100 de las tierras cultivables y censadas. Es decir, que no existe absentismo de propietarios ni latifundio, hecho insólito en las economías lati-

noamericanas. La ley de Tierras y Colonización de 1961 vino a consolidar la reforma agraria y a poner énfasis en el desarrollo rural en base a una necesaria diversificación de cultivos. Costa Rica, la del sabroso café—el “tinto”, que llaman ellos—y de los aromáticos plátanos y piñas, quiere industrializarse.

ASPIRACIONES HISPANOAMERICANAS

El conflicto bélico entre Honduras y El Salvador estuvo a punto de hundir el sueño actualizado de Morazán: el Mercado Común Centroamericano. Su fundación data de 1960 y es considerado por todos los miembros que lo componen como la única salvación, a escala regional, de sus respectivas economías. Y Costa Rica sabe que no basta con producir: lo decisivo es tener un mercado donde colocar los productos, y el suyo le resulta insuficiente. El esfuerzo industrial costarricense se observa por el alza de las importaciones de bienes de equipo y por la entrada del capital extranjero, necesarios ambos para completar su iniciado desarrollo económico. La

consecuencia inmediata a esta tendencia se ofrece en el descenso del sector agrícola en la contribución al producto bruto del país. Figueres, el Presidente electo, tiene bajo abundante en estos cuatro años, especialmente ante el fantasma del paro, dada la elevada tasa demográfica (3,5 por 100). El mejor remedio para consolidar su optimista despegue reside en la continuación de la política gubernamental: dedicar el 29,7 por 100 del presupuesto en la Educación. El gasto intensivo en la formación humana es la fórmula más inteligente y a la vez pragmática para enfrentarse a cualquier desafío. Costa Rica, culta y sin agudas diferencias sociales, carente de guerrillas, paciente ante el regueldo del volcán—Irazú, el Arenal—y profundamente democrática, parece haber superado el Plan de Estabilización de 1968 y constituye el tablero óptimo para las aspiraciones perfeccionistas del nuevo Presidente.

EL POLITIKON